

—La inferioridad de la mujer respecto al hombre, respondió el coronel, no consiste en otra cosa que en la debilidad de su constitución física, es decir, en cuanto al cuerpo; pero en cuanto al espíritu, en nada son inferiores á los hombres, pues no siendo el alma hombre ni mujer, se sigue que en la porción espiritual sois en todo iguales á nosotros.

Es verdad que en las mujeres se notan algunos vicios, como también virtudes, que parecen que les son peculiares, ó á lo menos se dejan conocer en ellas con más frecuencia que en los hombres. Por ejemplo, parece que las mujeres son naturalmente más compasivas, más tiernas y sujetas á su religión que los hombres. La santa Iglesia las honra y distingue llamándolas *el sexo devoto*. Así también parecen más inclinadas al engaño, á la simulación, á la ira y á la venganza, con la que se pudiera probar, en caso de ser esto una verdad demostrada, que el alma de las mujeres tenía alguna diferencia de la nuestra; mas no es así, como te lo haré ver.

No se puede negar la dependencia recíproca que tiene el cuerpo del espíritu, y éste de aquél; quiero decir, somos compuestos de dos substancias enteramente distintas, cuales son la material y la espiritual; como las dos están tan íntimamente unidas, cualquiera de las dos influye en su compañera de un modo tan continuo como maravilloso. Apenas se enferma el cuerpo, cuando se

resiente el alma y se entristece, y ves aquí que la tristeza del alma no la origina otra cosa que la enfermedad ó daño que padece la porción material del cuerpo. Por el contrario, recibe el hombre una fuerte cólera, una pesadumbre muy vehemente, las cuales son pasiones á que está sujeto el espíritu, y al instante, sin que ninguna cosa material toque al cuerpo, éste enferma, padece, y á ocasiones es tan terrible la alteración de la máquina, que se desorganiza todo el mecanismo de la vida y muere el paciente en el momento.

En esta inteligencia, dicen muchos sabios que la causa de que en las mujeres se adviertan estos vicios ó aquellas virtudes con más frecuencia que en los hombres, no es otra que la diversa organización de sus cuerpos, y así deducen, por ejemplo, que si la mujer es más tímida que el hombre, es porque su constitución física es más débil.

Yo convendré con esta opinión de buena gana; pero limitándola á ciertas y determinadas circunstancias y jamás concediendo la extensión y generalidad que algunos han pretendido. Yo permitiré sin repugnancia que la alteración del cuerpo de la mujer influye algunas veces poderosamente en su espíritu, ya se considere esta alteración natural, ó ya casual por una enfermedad que la predisponga, y si se quiere, que la precipite á cometer algunos excesos, que ó no cometería un hombre ó quizá

los cometería con menos facilidad; mas no concederé que el alma de la mujer, siempre que quiera hacer buen uso de la razón, no tenga bastantes fuerzas para vencerse sobre la particular influencia de su cuerpo. Si esto no fuera una verdad inconcusa, las mujeres serían en lo general menos responsables que los hombres ante Dios del desarreglo de su conducta moral, teniendo por absoluta disculpa el ser mujeres; lo que no es así, pues á todos obliga la ley y todos tenemos á proporción los auxilios necesarios para observarla.

Bien conozco que ésta es una materia que por seria acaso te será fastidiosa; pero si la escuchas y la masticas con atención te facilitará muchos principios para que no incurras en mil groseros errores en que incurren muchas mujeres, sólo por no querer instruirse en ellos.

—De ninguna manera me disgusto de tus conversaciones, decía Matilde, y sería una necia y malagradecida si á modo de lechuza me incomodara con la luz, sólo porque mis ojos no estaban acostumbrados á verla. Lo contrario; yo me engolosino en escucharte, y siento no comprender cuánto me dices; pero por eso te pregunto, y en prueba de ello quiero que con algún ejemplo me confirmes en las dos cosas que me has dicho. La primera, que una enfermedad ó la natural constitución ó conformación del cuerpo de las mujeres influye algunas veces en ellas, de modo que cometen algunos y determi-

nados excesos con más frecuencia que los hombres, y la segunda, que á pesar de la natural ó accidental influencia del cuerpo de la mujer sobre su espíritu, puede ésta, haciendo buen uso de su razón, vencerse y no hacer aquello á que la instiga la organización natural ó la particular enfermedad de su cuerpo; yo no comprendo cómo pueda ser eso, y quisiera oír una prueba de esta verdad.

—No sabes cuánto gusto me das, respondía el coronel, cuando me hablas con esa claridad; pues el que después de oír propone dudas y hace preguntas, da á entender que escuchó con cuidado y se penetró de la conversación.

Así, pues, tú has entendido bien cuanto te he dicho; pero te hace fuerza cómo el alma de la mujer por sí misma, con sólo el auxilio de la razón, pueda vencer aquellas instigaciones violentas, á cuya ejecución se siente como obligada por la inmediata influencia de su cuerpo. Para acceder á esta opinión me pides un ejemplo; solicitud muy justa, pues los ejemplos valen más para convencer el entendimiento que las teorías más elocuentes.

Por eso te voy á demostrar con un caso que nos refiere la historia, entre otros muchos, cuán poderosamente influyen las particulares afecciones del cuerpo de la mujer sobre su espíritu, y cuánta virtud tenga éste

ayudado de la razón para dominar el poderío de aquella influencia.

Todos los médicos saben que las mujeres en el tiempo de la pubertad están sujetas á padecer una enfermedad terrible que se conoce con el nombre de *furor uterino*, el cual es un delirio ó frenesí que las hace cometer, por obra ó por palabra, mil excesos vergonzosos y repugnantes á toda persona honesta y recatada. La medicina tiene un remedio fácil para curar esta enfermedad; mas nuestra religión católica justamente lo prohíbe como ilícito, permitiendo siempre que lo substituya el legítimo matrimonio.

Plutarco, en su obra de las *Mujeres ilustres*, alabando el natural pudor de la mujer, refiere que en la ciudad de Mileto las doncellas, acometidas de esta enfermedad ó locura que te he dicho, se mataban á sí mismas; y eran tan repetidos estos suicidios, que el Senado, no pudiendo contenerlos, mandó por ley expresa, que la que de esta suerte se matase fuera paseada desnuda y expuesta en la plaza más pública. ¡Eficaz remedio! Esto sólo bastó para contenerlas, y las que despreciaban su propia vida, no atreviéndose á despreciar su pudor, se abstuvieron de sacrificarse á la desesperación. Sin duda la vergüenza las volvió en sí y las hizo entrar por el camino de la recta razón.

Ya ves con este ejemplo probado el poder del cuer-

po enfermo de la mujer sobre su espíritu, y el poder de éste obrando con razón sobre la influencia de su cuerpo.

El hecho merece todo crédito por respeto al autor que lo refiere; pero si nos fuera permitido citar otros ejemplos semejantes, ¿cuántas milesianas halláramos entre nosotros que, acosadas de la misma dolencia, saben refrenar su pasión, moderar su apetito y sujetar su inclinación, hasta el extremo de perder la vida antes que faltar á las leyes del decoro? Acaso ya me has entendido, y está tu entendimiento satisfecho.

—Sí está, dijo Matilde; pero del mismo modo quiero estarlo en muchas otras cosas, y así habrás de sufrir que te pregunte.

—Pregunta cuanto quieras, decía su esposo, que yo tengo sobrada paciencia para escucharte y mucho gusto en responder á tus preguntas.

—Pues oye, proseguía Matilde. Ya entiendo que las mujeres nacimos sujetas á los hombres con una dependencia forzosa, que aunque dictada por la naturaleza y autorizada por las leyes, no nos es indecorosa como dices; pero ahora pregunto: ¿por qué los hombres por la mayor parte nos han tratado con tanta altanería y nos han sujetado á sus caprichos, valiéndose sólo de nuestra natural debilidad, á pesar de conocer que somos iguales á ellos en el alma?

— Porque los hombres, respondía el coronel, que así lo han hecho, los más han sido unos bárbaros, que ó no han escuchado ó han despreciado los clamores de la naturaleza, y desentendiéndose de estos innatos sentimientos, se han sabido aprovechar de la imbecilidad de las mujeres para oprimirlas; y entiende que bajo el nombre de bárbaros no señalo solamente á aquellos gentiles paganos, que sin idea de verdadera religión, justicia ni sociedad, han procedido de este modo bárbaro ultrajando aquellos dignos aunque febles objetos que por otro lado apetecían; no, hija; todo hombre que se vale de la flaqueza de la mujer para ofenderla y maltratarla, es un bárbaro y un pícaro, por más que se llame cristiano y civilizado entre nosotros. ¡Cuántos de estos conoces!

Yo ni calumnio, ni desacredito al vecino Ramiro; su esposa es tu amiga, y mil veces se ha quejado contigo del tirano proceder de su marido. Aunque ella no te hubiera revelado sus desdichas, á mí y á tí nos son bastantes públicas. Sabemos que el marido está entretenido; que cuanto adquiere es para su dama; que á sus hijos y mujer legítima los tiene desnudos y muertos de hambre; que jamás les hace el más mínimo cariño y agasajo; y que, después de este indigno proceder, por la más mínima friolera la riñe, la golpea y la obliga á quejarse con nosotros á cada instante. ¡Cuántas veces

ha venido la infeliz mujer á pedirte un trapo con que cubrirse y un bocadito con que alimentar á sus criaturas! Su marido es un español, un cristiano, un bien nacido, y, como dicen, un hombre decente; ¿y diremos que éste cumple con las obligaciones de un noble, de un católico y de un hombre de bien, criado en la culta sociedad? De ningún modo. Este es un pícaro, un vil, un infame, un irreligioso y bárbaro, pues abusa de la bondad y debilidad de su esposa para hacerla infeliz hasta lo sumo. ¿No le basta al hombre abandonado ser infiel á su mujer y descuidarse con sus hijos? ¿No le basta ser mal marido y ser mal padre? ¿Aún es preciso que se constituya un verdugo y un tirano cruel y déspota sobre unos entes miserables que no pueden hacerle resistencia?

Pues, hija, de estos maridos y padres inicuos se ven á miles cada día entre nosotros. Los jueces, las cárceles, los presidios, las calles y las casas son testigos de esta verdad. ¡Antes deje yo de existir que me cuente en semejante número! Conoce, pues, hija mía, que los hombres en todas partes y en todos tiempos han oprimido á las mujeres, porque son ellas débiles, no porque ellos hayan obrado ni obren con justicia; pero esperen y teman que aquél Ser soberano, que es justo y recto por esencia, algún día tomará en ellos una cruda venganza de los injustos agravios que han inferido á unas criaturas